

Feuerbach, Ludwig. *La esencia del cristianismo.*

Traducción: Franz Huber. Editorial Claridad, Buenos Aires, 2006. 304 pp.

A Ludwig Feuerbach (1804-1872) se le conoce de manera oblicua. Es una mera referencia al margen de las Tesis sobre Feuerbach, de Karl Marx y de Ludwig Feuerbach o el fin de la filosofía alemana, de Friedrich Engels. Pero como dice Agnes Heller, "hay algo que salta inmediatamente a la vista: Ludwig Feuerbach fue el purgatorio de la juventud del siglo XIX. En Marx, Engels, Kierkegaard o Wagner



esto puede aún describirse como un hecho meramente histórico ya que, efectivamente, eran jóvenes cuando Feuerbach tomó la ciudadela de la filosofía alemana; su aparición en escena y la juventud de aquéllos coincidió en el tiempo. Sin embargo, cuando el joven Nietzsche profundizaba en Feuerbach, Marx y Engels eran señores mayores, y cuando Chernichevski escribió su antropología de cuño feuerbachiano Kierkegaard ya había muerto" (Crítica de la ilustración, Península, Barcelona, 1984, p. 97). Es posible estudiar a los grandes nombres de la filosofía decimonónica sin Feuerbach, pero es mucho lo que podemos ganar en su comprensión si previamente incursionamos en Feuerbach, en ese "arroyo de fuego" (tal es la traducción al español del apellido Feuerbach), como lo denominó Marx en su tiempo.

Una de sus principales obras, con la cual Marx dialoga en los Manuscritos de 1844 y en las Tesis sobre Feuerbach, más de lo que suele pensarse, es La esencia del cristianismo. En sus páginas vemos tratado el problema de la alienación religiosa, mucho antes de que lo hiciera Marx.

Para Feuerbach, el pretendido secreto de la religión es antropología. Es decir, la religión no habla tanto de la divinidad, cuanto del hombre en sus aspectos más fundamentales. "La religión descansa en la diferencia esencial que existe entre el hombre y el animal, los animales no tienen ninguna religión. (...)

Pero, ¿en qué consiste esa diferencia esencial que hay entre el hombre y el animal? La contestación más sencilla y más generalizada, y también la más popular es: en la conciencia. (...) La conciencia, en el sentido estricto, sólo se encuentra allí donde un ser tiene como objeto su propia esencia, su propio género" (p. 13).

Solamente que esta conciencia sería una conciencia distorsionada. Para Feuerbach, el creyente no hace más que proyectar hacia la figura de Dios sus anhelos, sus virtudes y sus carencias. De ahí que sea necesario abordar la religión desde el punto de vista antropológico. La religión dice más del hombre que la profesa que del Dios al que dice adorar.

El ser humano, por la misma conciencia que posee, no se queda encasillado en la inmediatez de su entorno. Anhela lo infinito. Busca horizontes por donde proyectar su vida. "Sin tener un objeto", apunta el autor, "el hombre es una nada. Grandes hombres ejemplares, hombres que nos revelaron la esencia del hombre, confirman esta verdad con su vida. Ellos tenían una sola pasión predominante y fundamental: la realización del objeto cuyo principal fin era lo más esencial de su actividad" (p. 16). La religión suple la necesidad de tener un objeto hacia el cual orientar la propia existencia. Sólo que este objeto, creación y hechura de los propios seres humanos, aparece como extraño a ellos. En un libro posterior, La esencia de la religión, Feuerbach dice que la religión es hija del temor. Se

nutre de la necesidad humana de sentir seguridad ante aquello que escapa a su control.

¿Cuál sería, pues, la salida a esta conciencia enajenada, a esta "patología" que es, para Feuerbach, la religión? Sustituir la fe en Dios por la fe del ser humano en sí mismo. La grandeza proyectada en el objeto religioso no es más que la propia grandeza del ser humano. Una religión del ser humano, en el cual éste se convierte en su propio objeto, esto es, en su propia autoafirmación y autoposición. La religión que pone su fe en Dios o en los dioses, sólo escinde al hombre de sus congéneres. La fe religiosa, dice nuestro autor, es sectaria e intolerante. "Por eso la fe, es, en su esencia, partidista. Quien no está a favor de Cristo, está a contra él. La fe sólo conoce enemigos o amigos, no hay en ella imparcialidad; sólo está imbuida de sí misma. La fe es en su esencia manía de que su causa es la causa de Dios, su honor el honor de Dios." (p. 281. Por el contrario, arguye, "la filosofía ha unido a los hombres. Los estoicos enseñaban que el hombre no había nacido por sí mismo, sino por lo demás, es decir, por el amor" (p. 292).

Es en el amor a los demás seres humanos que puede encontrarse la verdadera reconciliación del ser humano consigo mismo. Feuerbach pretende recuperar la simbología de la liturgia cristiana y leerla en clave de una hermandad de la humanidad consigo misma y con la naturaleza. Oigámoslo en estas líneas provistas de una innegable belleza: "Comer y beber es el misterio de la comunión;

comer y beber es, en efecto, de por sí un acto religioso; por lo menos debería serlo. Por eso, piensa en cada bocado de pan que te libra del hambre, y en cada trago de vino que alegra tu corazón, en aquel Dios que te ha dado esos dones benéficos: en el hombre. Pero no olvides por la gratitud hacia el hombre, la gratitud hacia la Naturaleza. No olvides que el vino es la sangre de la planta, y la harina, la carne de la planta que es sacrificada en bien de tu existencia. No olvides que la planta simboliza la esencia de la naturaleza que se sacrifica para tu bien sin egoísmo. (...) El hambre y la sed no solamente destruyen la fuerza física, sino también la fuerza espiritual y moral del hombre, le quitan la humanidad la inteligencia, la fuerza espiritual y moral del hombre, le quitan la humanidad, la inteligencia, la conciencia. Si hubieras pasado semejante indigencia, semejante desgracia, alabarías y bendecirías la cualidad natural del pan y del vino, que te han devuelto tu humanidad y tu inteligencia. Sólo necesitas interrumpir el curso ordinario y común de las cosas, para darle a lo que es común una importante descomunal y para atribuir a la vida como tal un significado religioso. ¡Por eso, santo nos sea el pan, santo el vino y santa también el agua! Amén" (p. 302).

Feuerbach adelanta, así, la intuición marxiana que plantea que es necesario cubrir primero las necesidades fundamentales para hablar después de los frutos del intelecto humano. En los Manuscritos, Marx

ha dicho que el trabajador enajenado se ve reducido poco menos que a sus aspectos primarios, es decir, biológicos. En estas ideas está el eco de Feuerbach, evidentemente, con una lectura distinta.

Sin embargo, a Feuerbach puede criticársele de un exagerado antropocentrismo, hijo de la Ilustración occidental. Al sustituir al Hombre (así, en mayúsculas) por Dios, no se hace otra cosa que legitimar la *hybris* del ser humano, cuyos resultados inmediatos son, entre otros, la crisis energética mundial y la amenaza ecológica a escala global.

Además, puede objetársele a Feuerbach que, al reivindicar al Hombre en abstracto, se olvida de las personas concretas. Empero, Feuerbach pone de relieve la importancia de la relación entre "tú y yo", el lugar preeminente que ocupa el "tú" en unas relaciones humanas regidas por el amor. Hablar de ese "tú" como lugar fundamental de las relaciones humanas prefigura el pensamiento de Lévinas, así como hablar de la importancia del amor humano no es más que esbozar lo que más tarde haría Erich Fromm en su lectura de (otro tema feuerbachiano) la enajenación de las relaciones humanas en el capitalismo, en su clásico *El arte de amar*.

Quizás lo que alguien podría señalar a Feuerbach es que su crítica al cristianismo peca de generalizadora. Sin embargo, lo interesante —y eso fue lo que descubrió Marx— es que su tratamiento de

la enajenación religiosa era sumamente aplicable a la enajenación económica y a sus productos culturales e ideológicos. Como puede verse en la obra de Marx, los mecanismos de la alienación que descubre Feuerbach son acertados; lo que hay que hacer es desplazarlos del campo de la crítica religiosa —la religión es, para el filósofo de Tréveris, algo que pertenece al ámbito supraestructural— y aplicarlos a los cimientos económicos de la sociedad capitalista. De ahí que encontremos en Marx un sugerente tratamiento de la enajenación económica que evoca a Feuerbach. En vez del creyente que proyecta sus virtudes, sus temores y sus ansias en un dios hecho a su medida, tenemos al ser humano de la sociedad capitalista, que hace lo mismo con la mercancía, la cual es elevada al grado de fetiche. El fetichismo quintaesenciado se da en la mercancía llamada Dinero. Tal como abunda Marx en los Manuscritos, citando a Shakespeare y a Goethe, el dios Dinero obra todas las metamorfosis y milagros posibles. Por supuesto que en medio de todo esto se encuentra la originalidad del propio Marx, que estudió los mecanismos sociales y económicos que subyacen en ese fetichismo.

Marx reconoció en Feuerbach al único filósofo que había entendido realmente a Hegel. Feuerbach es el pensador del futuro, el que ha hecho grandes hallazgos, como si avizorara nuevas tierras en lontananza pero nunca lograra poner su planta

en ninguna de ellas. Puesto que fue un precursor, no alcanzó a convertir esos brillantes destellos en nuevas propuestas filosóficas. De eso

se encargarán sus sucesores: Marx, Engels, Kierkegaard, Nietzsche, entre otros muchos que abrevaron en el "arroyo de fuego".

